



Envíame más allá de mi zona de comodidad **Anay Ortega-Monroy**

Desde los doce años de edad, cuando me preguntaban qué carrera estudiaría después del colegio, siempre respondí que iría al seminario a estudiar para ser misionera. Fui a estudiar a la universidad dos carreras, aparentemente había olvidado el llamado, pero al Señor no se le olvida nada.

El Señor me permitió servirle desde muy joven en la iglesia local, ya que desde niña asistí a la Iglesia Presbiteriana Cumberland porque mi abuela fue fundadora de esta iglesia en Medellín, Colombia. También serví por muchos años en diferentes comisiones del presbiterio. Proféticamente, algunas veces me confirmaron el llamado a las misiones, y para mí eso se veía muy lejano, y a veces casi imposible de alcanzar.

Dios me había prosperado: tenía mi propia empresa, así que mi situación financiera era muy buena. No necesitaba nada según mi perspectiva. Además, siempre estaba participando en los ministerios locales; ¡todo estaba muy bien! Pero el Señor lo mueve a uno de la comodidad, y yo no me sentía completa o feliz.

En 1998 había hablado con el director de Misiones Globales de la Iglesia Presbiteriana Cumberland y le compartí mi llamamiento. Le envié dos hojas de vida, una con la experiencia en el trabajo secular y otra con la experiencia eclesiástica. Le dije que las tuviera por si en algún momento se abría alguna opción de servicio, y las cosas se quedaron así.

Diez años después aproximadamente, cuando estaba todo muy bien según mi punto de vista, comencé a darme cuenta de que no me sentía completa. Le volví a escribir al director de Misiones para tocar el tema, porque sí nos manteníamos en comunicación. Le dije que me sentía desubicada, insatisfecha, que si había algo que yo pudiera hacer para misiones. Me respondió que no, pero que estaría orando por mí. Un mes después, me escribió acerca de la posibilidad de un proyecto, que una vez traducido me lo enviaría. Tres meses después recibí la descripción del proyecto. Casi me desmayo de la impresión, al ver todos los requisitos que pedían, aunque para mí fue un alivio porque ya no tenía crisis existencial. Entonces le respondí que muchas gracias pero que yo no calificaba para el proyecto y le di diez razones, pero él no se dio por vencido y me dio otras diez razones por las cuales sí calificaba. En ese punto las cosas se habían puesto serias por lo tanto empecé a orar específicamente por esto. Dos queridas hermanas y amigas me apoyaron con sus oraciones. Estuve orando por espacio de un año antes de dar una respuesta positiva. El llamamiento era para ir a Guatemala, a poner en funcionamiento una clínica médica, que funcionaba junto con un orfanato, un proyecto con otra denominación fraternal. A la par, el Señor me permitió hacer contacto con tres iglesias que iniciaron el proceso de asimilación de la Iglesia Presbiteriana Cumberland.

Animo a todos los que sienten el llamamiento de Dios a dar un paso de fe, no importa lo grande que se vea el proyecto. Cuando ese llamamiento viene de Dios, él se encarga de derribar a los gigantes y de cumplir los propósitos para los cuales te ha creado.

Reflexiones

1. Consideren la historia que aparece en los capítulo 3-4 de Éxodo, cuando Dios le habla a Moisés desde la zarza ardiente. Piensen en las cinco excusas que Moisés le dio a Dios: (1) Moisés se siente inadecuado para la misión. (2) Moisés quiere saber quién lo está llamando. (3) A Moisés le preocupa que nadie lo crea. (4) Moisés argumenta que no tiene facilidad de palabra, por lo tanto no es un buen orador. (5) En su desesperación, Moisés le pide a Dios que mande a alguien más. ¿Cuántas veces han empleado ustedes algunas de estas excusas cuando sienten que Dios las llama a un ministerio fuera de la zona de comodidad, del terreno familiar?
2. ¿Qué otras excusas le han dado a Dios? ¿Cómo ha derrumbado Dios los gigantes y les ha dado a ustedes la fortaleza para cumplir el llamamiento?

Llamamiento a la acción

1. Consideren cómo invierten su tiempo. ¿Qué tanto invierten en su zona de comodidad, en su terreno familiar? Miren las necesidades que hay en sus congregaciones y comunidad y seleccionen una necesidad que puedan satisfacer, incluso si es fuera de esa zona cómoda, familiar. Tal vez puedan trabajar con otra persona o en un grupo compartiendo la zona de comodidad de alguien más hasta que se sientan más seguras.
2. ¿Podrían escribirles noticias a personas que no han asistido recientemente al culto de adoración? ¿Quizás ayudando a veces en la sala cuna o saludando a los que llegan? No todas recibimos el llamamiento de ir a Guatemala para organizar y dirigir una clínica y un orfanato, pero todas estamos llamadas a servir a Dios con los dones que él nos ha dado.

Oración

Dios de amor, sigue dándole a Anay Ortega-Monroy la sabiduría en la tarea de ministrar a los que Dios coloca bajo su cuidado. Abre nuestros corazones para reclamar compasión para todos tus hijos y el valor para dejar de dar excusas para que también podamos cumplir los propósitos para los que fuimos creadas. Amén.